

Apostar por los talentos del Reino*

Jesús M. Sariego S. J.**

Queridas hermanas y hermanos todos:

Celebra hoy toda la Iglesia el penúltimo domingo del Tiempo Ordinario. Ubicado casi al final del tiempo litúrgico, sus lecturas bíblicas nos hablan del tiempo final, la Parusía, la segunda venida de Cristo. Sabemos bien que este tema preocupó mucho a las primeras comunidades cristianas. Un grupo importante entre ellos sostenía que esa venida estaba cercana e incluso era inminente. Es probable que pensarán así por hacer una lectura errónea de las profecías relacionadas con la destrucción de Jerusalén o la venida del Mesías. En todo caso, la proximidad de esta venida hacía preguntarse a muchos cristianos sobre el sentido de la vida actual y el compromiso con el presente. ¿Valía la pena apostar por este mundo estando tan próximo su final? ¿Tenía algún sentido luchar por cambiar la situación presente cuando estaba tan cercano e inminente su último momento? ¿No era preferible abandonar los trabajos, las preocupaciones temporales e, incluso, hasta la misma familia, para ocuparse más bien en prepararse ante ese momento que ya se aproximaba?

La comunidad cristiana de Tesalónica vivía ese mismo dilema en su seno. Pablo les escribe –en la carta que acabamos de proclamar– pidiéndoles que no se alarmen por el futuro. La venida del Señor, les dice, será como un parto lleno de esperanza y de vida. “A ustedes –les confirma– ese momento no los tomará por sorpresa, porque ustedes no viven en tinieblas, sino que son hijos de la luz y del día, no de la noche ni de las tinieblas”.

Jesús, en el Evangelio, va incluso más adelante. En el mensaje de la parábola que acabamos de escuchar, subyace la convicción de que Dios se fía de nosotros y nos encarga su propia tarea. Para Jesús, el Reino que vendrá no nos ahorra de preocuparnos y de luchar por cambiar este mundo; al contrario, nos invita a invertir nuestros mejores talentos y capacidades por construir esos cielos nuevos y esa tierra nueva que aguardamos. Talentos que son capacidades, pero también valores potenciales que piden ser desarrollados y crecer en la historia. Porque el Reino es una promesa, pero también es una tarea, porque la Parusía ya ha comenzado con la resurrección de Cristo.

* Homilía presentada en la eucaristía por los mártires de la UCA, celebrada en la cripta de la Catedral de San Salvador, el 13 de noviembre de 2011.

** Provincial de la Compañía de Jesús.

Esa es justamente la tarea que se nos ha confiado a todos: hacer producir la riqueza del Reino que ya ha comenzado y que está entre nosotros, los grandes valores del Reino se nos han confiado a todos nosotros. Hemos adquirido esos valores a través de la educación, de los principios de nuestra familia, de nuestra cultura y de la catequesis en la fe que todos hemos recibido. Los grandes valores del Reino, como la moneda del talento, son una riqueza que pide ser multiplicada. Ellos son la verdad, la justicia, la honestidad, la dignidad humana, la fraternidad, la reconciliación y la paz. Están puestos como un capital semilla en el corazón de todo hombre y de todos los pueblos y piden ser multiplicados para, desde ellos, transformar las estructuras de la persona, de la familia, de la sociedad, de la economía, de la política y de la organización de la convivencia universal entre todos los pueblos de la humanidad.

La fe, hermanos, no consiste, pues, en conservar intangible y puro un depósito de verdades recibidas del pasado. Creer no es, simplemente, conservar el pasado. La fe es una apuesta, una inversión, un valiente reto ante la historia. Esa fe exige de todos nosotros, como creyentes, la osadía de ser expuesta ante las realidades de este mundo para multiplicar en ellas todo lo que es del Reino. La fe no es un tesoro que enterrar o preservar con miedo. No se esconde; se pone en lo alto de la casa, de la ciudad, a fin de que alumbre a todo hombre.

Estamos celebrando esta eucaristía en memoria de nuestros hermanos jesuitas y sus colaboradoras Elba y Celina, que entregaron sus vidas hoy hace 22 años para multiplicar así la paz, la justicia y la esperanza en El Salvador. Siervos buenos y fieles que inmolaron sus vidas, no buscando su propia fama, sino servir a Jesús y a este pueblo. Ofrendaron su vida, su inteligencia y su compromiso por hacer multiplicar la buena semilla de Dios. No escatimaron medios para ello: eran profesores, pensadores, escritores, comunicadores y animadores de las comunidades cristianas donde trabajaban. En el país y fuera de él, defendieron siempre la causa de Dios, convencidos de que existía una salida justa y fraterna ante la guerra. Abrieron su corazón y su inteligencia al pobre y al desvalido, y se sintieron orgullosos de ser, hasta el final de sus vidas, jesuitas, es decir, compañeros de Jesús, al que amaban y por el que vivían. Ni el miedo ni las calumnias o las amenazas les acobardaron. Sabían bien que el discípulo no es más que su Maestro. El Maligno y sus fantasmas de la noche no los juzgaron dignos de este mundo y, creyendo que acababan con su mensaje, terminaron con su vida en aquella triste madrugada del 16 de noviembre de 1989.

Pero los talentos generosos de su vida no quedaron enterrados en el pasado. En el mundo entero, muchos hombres y muchas mujeres de buena voluntad visitan, día a día, el lugar de su sacrificio y el museo que guarda sus reliquias, y lloran su memoria. Sus escritos se difunden y sus imágenes se asoman cada vez más a los medios de comunicación y a las redes sociales. Muchos jóvenes que no los conocieron admiran hoy, desde su corazón sincero, el ánimo generoso de estos hombres que fueron hasta el final honestos con la verdad y con el Evangelio. Nosotros, sus compañeros jesuitas que

tuvimos el privilegio de vivir y trabajar con ellos, nos sentimos, un año más, en esta celebración, orgullosos de haber compartido una parte de nuestras vidas a su lado y sabemos que, sin duda, contamos con su intercesión ante el Señor, al que queremos seguir con su misma generosidad. Caminaron con las esperanzas y las tristezas de este pueblo salvadoreño, y este pueblo hoy camina con ellos y ha hecho suya su memoria.

Una entrega así hubiera sido imposible sin el ejemplo de monseñor Óscar Arnulfo Romero, el pastor bueno ante cuya tumba hoy celebramos el sacrificio de Cristo. En esta cripta que ha venido a convertirse en santuario martirial del amor de quien dio su vida por la grey a él encomendada, no podemos olvidar que él con su vida fue luz y rumbo para la vida de nuestros hermanos jesuitas. Ignacio Ellacuría lo dijo en cierta ocasión: “Con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”. Mucho antes que ellos, monseñor fue honesto con la verdad, cercano con los pobres, testigo insigne del Evangelio y humilde guía de su pueblo. Sus palabras valientes y su libertad evangélica alimentaron muchas veces la fe de nuestros hermanos. En el gesto heroico de su palabra valiente, ellos nutrieron esperanzas y futuros para un pueblo que aún hoy lucha por su libertad.

Muchos elementos hacen cercanas las figuras de monseñor Romero y los mártires de la UCA. Pero tal vez ninguno los hace más próximos que el haber creído y amado a este pueblo de El Salvador. Un pueblo pequeño y olvidado en las márgenes de un continente pobre, un pueblo de campesinos sin tierra, de pobladores urbanos sin trabajo, olvidado en los *ranking* del desarrollo, escondido en el olvido, condenado a la emigración y sepultado entre las mil y una violencias de su historia. Pese a todo, monseñor Romero y los mártires de la UCA, ellos y ellas, creyeron en este pueblo, amaron a este pueblo. Poseídos de la mirada de Dios, descubrieron que, en medio de su pobreza, se escondía un tesoro por el que había que apostar todos los talentos, invertir sus inteligencias y arriesgar sus vidas. En lo pequeño y olvidado, descubrieron la indecible presencia de Dios y así hicieron aún más grande y digna, ante el mundo entero, la historia de los pobres de esta tierra. Por amor a este pueblo, estuvieron dispuestos a correr riesgos y superar dificultades para «inventar» una vida más digna y dichosa para todos. Ellos no deseaban que el precioso talento que es este pueblo salvadoreño, precioso ante los ojos de Dios, quedara enterrado y olvidado en la historia.

Hoy, a uno y otros les une el destino común de los verdaderos servidores de Cristo que nunca mueren. Su ejemplo, su vida y su honestidad han quedado grabados para siempre en la memoria de este pueblo que quiere seguir siendo fiel a su fe para hacer multiplicar en nuestra tierra los talentos, los valores del Reino. Nosotros queremos retomar, en esta Eucaristía, la luz que nos dejaron, la fortaleza con que asumieron el proyecto de su vida y la confianza en Jesús resucitado que alimenta todas nuestras propias esperanzas. Que así sea.